

Los incidentes novelescos son un testimonio de la vida pueblerina, con sus limitaciones, con el deseo de copar en un vaso de agua toda la complejidad de los océanos. El ridículo aflora, como una consecuencia inevitable, en los seres, en sus acciones y monólogos silentes.

Subrayamos un mérito indiscutible. La novela se lee sin molestia. Iniciada la andadura sentimental de la heroína, sus mínimas ideas adquieren un peso emotivo.

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At388-55ADVM10055>

*“El abogado del Diablo”, por Morris West.*

Editorial Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1960

Sabido es que para llevar a efecto los sutiles y complejos procesos de canonización la Iglesia nombra investigadores. Entre ellos se destaca “el abogado del Diablo”. Su misión no es otra que la de oponer resistencias, después de haber examinado los factores positivos y negativos de una vida, más o menos santa. Diríase que es una manera de evitar los errores, colocando delante del tiempo una muralla de contención mística.

Morris West, novelista australiano, conoce los íntimos estratos de la organización eclesiástica. Durante algunos años fue hermano en un monasterio católico. Después salió a rodar por el mundo. Y cada uno de sus largos periplos termina con la publicación de una novela magistral.

Nadie podría asegurar que Morris West sea católico practicante o un descreído a ultranza. Porque sus temas los sitúa en la cuerda floja de la esperanza y de la gracia. Entre ambas riberas, mejor dicho, entre ambos soportes hay un abismo, por donde se desliza el río de la vida, cambiante, no siempre el mismo, aunque sus aguas vayan a morir en los umbrales de la eternidad.

El tema es sencillo. En un pueblecillo italiano ha surgido un hombre con halos de romanticismo misterioso. Su vida ha combinado la acción y el misticismo. Muere fusilado. Se inicia un proceso de canonización, porque hay gentes que hablan de

supuestos milagros. Y la Iglesia de Roma nombra a un "abogado del Diablo". Toda la novela seguirá por este rumbo.

Ahora bien, los tipos humanos están visto en profundidad. Piensan, hablan y actúan. A veces, el autor desliza sus teorías, sus puntos de vista, para sembrarnos la confusión y el desconcierto. ¿Es amigo de la santidad? ¿Debe el hombre vivir primero como tal, para ser candidato a las hornacinas?

La novela no entrega una solución, porque no podía darla. El autor se ha limitado a señalar ciertos males, a discurrir en torno a los innumerables peligros que viven los seres humanos que manejan y estudian el vivir santo y ejemplar.

El protagonista es un sacerdote, Blaise Meredith. "Su profesión era preparar a otros para la muerte. Y le causaba estupor hallarse tan mal dispuesto para la suya". En estas palabras está resumido el drama de un hombre.

Lentamente, sabrá que la muerte, lo mismo que el tiempo, si bien estamos acostumbrados a calibrarlos en función del prójimo, tienen un sentido personal, intransferible. Con razón, algunos poetas han dicho que los hombres necesitan vivir su vida y morir una muerte propia. Cuando Blaise Meredith se pone en contacto con individuos viscerales, de carne y hueso, comprende que, a pesar de su existencia recatada, está muy lejos de haberse humanizado. Aunque enfermo incurable, morirá la muerte de otros. He ahí su tremendo fracaso, que asesta un golpe tremendo a la Iglesia funcional y a ciertos tramos de la burocracia eclesiástica.

La novela es de una maestría excepcional. El autor ha redactado innumerables viñetas. Con frecuencia, el lector se ve obligado a saltar por encima de las situaciones que lo tienen suspenso. Pero inmediatamente los datos se enfilan, el relato vuelve a seguir por sus cauces. Y al final, todos los cabos, dispersos en apariencia, se anudan en un solo haz. La última voluntad del "abogado del Diablo" incita a la meditación: "Roma está muy lejos, y aquí, por primera vez, me he encontrado a mí mismo como hombre y como sacerdote".

Blaise Meredith será enterrado en aquel pueblecillo, no en los altares de Roma, muy cerca de la sepultura del hombre

que, tal vez, llegue a ser santo por obra y gracia de las circunstancias.

Morris West habla por boca de sus personajes. Citemos, entre otros, el caso de un sacerdote inmoral, pobre, borracho y friolento. Las admoniciones del Obispo no han podido encauzar esa vida. Cuando su problema no tiene otro matiz que el de una pobreza extrema. El "abogado del Diablo" resuelve el problema con unas monedas. Y la moralidad vuelve a orientarse.

Entre las mujeres, brilla Nina Sanduzi: "Era labradora, arraigada en la comarca, como se arraiga un árbol, rudo, persistente. No sabía leer ni escribir, pero comprendía la paz porque había conocido el conflicto, y era receptiva para la armonía, porque esta iba reconstruyéndose lenta, pero perceptiblemente, con las disonancias de la vida que la rodeaba".

Cuando le aplicaban los epítetos duros de "prostituta" y de "mujer que durmió con un santo", ya no contenían mucha malignidad, "sólo un recuerdo opaco de pasadas envidias".

"El abogado del Diablo" es un alarde novelesco y un documento humano. Algunas sensibilidades enfermizas hallarán en sus páginas una seria admonición a sus conductas. Porque los caminos de Dios son innumerables. A veces, la santidad se consigue por añadidura, pocas veces como un final previsto de ruta. Morris West ha novelado su propia filosofía.

VICENTE MENGOD.

*Enjambre, poesías de Efraín Barquero, por Jorge Jobet.*

Zig-Zag, Santiago de Chile, 1959

La crítica ha sido pródiga en sus alabanzas a este poeta. Bien merecidas, siempre que no se caiga en el elogio descomunal, tan dañino para la justipreciación exacta de los valores. De mal gusto es, por esto mismo, el juicio que se consigna en la solapa de su reciente libro: "Inútil recordar a propósito del autor escuela poética alguna. Es que sólo pertenece, rebasando épo-